

## La HONDA de DAVID por Sebastián Salazar Bondy

# Donde se lee la REVOLUCION

En la tempestad de informaciones periodísticas de estos días, tan ahita de mal-intencionadas vaguedades y de irresponsables conjeturas, una tragedia, que arroja luz acerca de la tenebrosa realidad social en la que vive el Perú, ha pasado si no inadvertida por lo menos amenguada en lo que de testimonio sobre el país tiene. Una pobre mujer, abandonada por su esposo, lanzó al abismo a sus tres hijos y luego se suicidó. Uno de ellos, como ella misma, padecía de tuberculosis. Hay un elemento melodramático y sentimental en el suceso, y es el que explotaron las crónicas rojas. Pero hay ahí también una realidad honda y cruda. Esa desdichada madre, víctima del hambre, la enfermedad, la desesperación y, por cierto, por todo esto, del consecuente desequilibrio mental, representa claramente, con las más negras tintas de la truculencia, hasta qué punto el desamparo del ser humano es total y definitivo en esta sociedad hipócrita, que se golpea el pecho en el templo y goza farisaicamente de las posibilidades rentables de la pobreza popular, basada en el individualismo y la democracia formal.

Si una mujer y tres hijos que han sido abandonados no encuentran entre nosotros, no digo protección, sino simplemente trabajo, y quedaran en la miseria librados a esa quiebra general del ser que lleva, al filicidio y al suicidio y los que dirigen esta comunidad están descalificados como gobernantes. Existen cientos de casos semejantes, y existen los casos no menos patéticos de los niños mendigos, de los ex-hombres que arrastran su degeneración, ya perdida toda dignidad; de los que eligen el propio holocausto en el vicio y el crimen, de los que se sienten basura y concluyen por ser —como acontece en las barriadas más sórdidas— basura trashumante. La burguesía se contenta, y contenta eso que llama “conciencia moral”, con la limosna centavera, con la beneficencia ridícula, con la seguridad social burocrática, con su estúpida ideología de “la vida es así” y “la ley natural” y “el premio para otro mundo”, etc., abastecida por una doctrina a la que han sustraído el inconformismo y han sumado la idolatría.

El que se esté quieto —o se mueva pero para acomodar su persona al sistema que quita a todos los hombres lo que es de todos los hombres: los medios que producen la riqueza y la riqueza misma— es cómplice de un genocidio. Y el político que señaló a aquellos que aspiran a transformar la sociedad en una organización sin privilegiados, sacando de su horror a los horrorizados y despojando a los holgados su holgura, como “peligrosos”, o “disociadores” o “comunistas”, es también un cómplice. No hay “conciencia moral” que soporte esta culpabilidad más general, la que convierte al indiferente, al mercader, al sensualizado, al ambicioso de poder para sí y los suyos, en el asesino que empuja a la madre con sus hijos al precipicio, que hambrea al niño vagabundo en las calles, que pone el alcohol en boca del desengañado, etc.

Para ser socialista en el Perú, en América, en Asia, en Africa, no hace falta leer libros, no. Los libros, en puridad de verdad, explican el cuadro y proporcionan la única salida —la revolucionaria— para la situación. Es preciso solamente mirar en derredor, detener la vista ante esas imágenes dantescas que nos cercan, aproximarse un poco a la “corte de los milagros” que el capitalismo colonialista funda vecina a sus pompas, examinar al paso la deforme realidad que la burguesía egoísta despliega en la ciudad y en el campo. Ahí escritos están los indicios del cataclismo, que los titulares escandalosos y las informaciones de rutinario sadismo ofrecen como episodios fugaces. El comienzo de ese adoctrinamiento espontáneo es asco. Luego, rebeldía. Enseguida conciencia revolucionaria. ¿Qué puede detener, señor Ministro de Gobierno, esta fuerza terrible que, en el fondo, quiere restaurar un orden auroral, una justicia y un bienestar que si no estuvieron al principio están necesariamente al cabo de toda la pasión de la humanidad?